

IV CERTAMEN LITERARIO
DE RELATO BREVE
“ALONSO ZAMORA VICENTE”

2 0 0 8

Duda razonable

PRIMER PREMIO

Alicia Hernando Rosado

Alumna del Master en Patología Neurológica
Universidad Rey Juan Carlos

Bienvenidos al mundo

Marina Mendive Leyva

Alumna de 1º de Periodismo
Universidad Complutense de Madrid

Próxima estación Valdecarros

Hanna Zander

Alumna del Programa de Lengua y Cultura Españolas
del Centro de Estudios Hispánicos

Universidad Antonio de Nebrija

PREMIO *EX AEQUO* AL MEJOR TEXTO ESCRITO EN CASTELLANO
ESCRITO POR UN HABLANTE NO NATIVO
(MODALIDAD MICRORRELATO)



Nebrija
Fundación

© Universidad Antonio de Nebrija, 2008

Duda razonable

Primer premio

Autora:

Alicia Hernando Rosado

Alumna del Master en Patología Neurológica

Universidad Rey Juan Carlos

Bienvenidos al mundo

Premio *ex aequo* al mejor texto escrito en castellano por un hablante no nativo

(modalidad microrrelato)

Autora:

Marina Mendive Leyva

Alumna de 1º de Periodismo

Universidad Complutense de Madrid

Próxima estación Valdecarros

Premio *ex aequo* al mejor texto escrito en castellano por un hablante no nativo

(modalidad microrrelato)

Autora:

Hanna Zander

Alumna del Programa de Lengua y Cultura Españolas del

Centro de Estudios Hispánicos

Universidad Antonio de Nebrija

Organizan:

Departamento de Lenguas Aplicadas

Servicio de Biblioteca

Servicio de Publicaciones

Centro de Estudios Hispánicos

Coordinador:

Rafael Jiménez Pascual

Diseño y maquetación:

José C. del Pozo

Servicio de Publicaciones

Universidad Antonio de Nebrija

ISBN: 978-84-88957-56-6

Depósito legal: XXX

Impresión: Trigraphis S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Trigraphis[®]
 **Ideas
Impresas**

Esta cuarta edición del Certamen Literario de Relato Breve Alonso Zamora Vicente contiene títulos atractivos como *Duda razonable*, primer premio, *El avión de plástico*, segundo premio y *Mis raíces*, el accésit Nebrija. Los tres son piezas literarias de escritoras que prometen, a las que se ha dado la oportunidad de mostrar su talento personal dentro de un marco auspiciado por la Universidad Antonio de Nebrija con la colaboración del Ayuntamiento de Hoyo de Manzanares, Trigraphis y La Librería de Hoyo.

Asimismo, el premio al mejor texto escrito en castellano por un hablante no nativo, que este año han obtenido los microrrelatos *Bienvenidos al mundo* y *Próxima estación Valdecarros*, supone una verdadera satisfacción, ya que pone de manifiesto el interés que existe entre los estudiantes internacionales por nuestro idioma y encarna la apuesta intercultural de la Universidad.

Las creadoras de tales títulos han sentido la necesidad de expresarse utilizando dos instrumentos esenciales: su imaginación y su don de la palabra, ya que los seres humanos somos, además de *homo sapiens*, o precisamente por ello, *homo fabulans*; es decir, tenemos la necesidad de contar y escuchar o leer historias, pasando el lenguaje empleado de la función referencial, a la que estamos acostumbrados, a la función poética o estética, donde la manera de decirlo es tan importante como lo que se dice. En la literatura, pues, el mensaje se transforma de un medio a un fin en sí mismo, la palabra se convierte en objeto maleable con el propósito de interesar al oyente o lector mediante la utilización del valor connotativo y los recursos expresivos del lenguaje. Y ese es precisamente el sentido de un premio literario, dar a los autores la ocasión de exhibir delante de los lectores su particular uso de la lengua, su estilo, su creación, su relato.

Seleccionar los mejores relatos entre los que hemos leído en esta edición, no ha sido fácil porque, salvando ciertos criterios básicos de corrección ortográfica y estilística, es una cuestión de gustos. Sin embargo, los textos que el jurado ha seleccionado, aunque pueden ser interpretados de distinta manera por personas distintas, tienen un denominador común: son obras que nacen de la actividad creadora de unas autoras que anhelan el dictamen del público lector, la otra cara de la moneda necesaria para completar su creación. Y aquí las presentamos para que vosotros, lectores, permitáis su culminación.... porque una obra literaria sólo vive cuando alguien la lee.

D^a Marta Genís Pedra

*Coordinadora del Certamen Literario
de Relato Breve Alonso Zamora Vicente*

IV CERTAMEN LITERARIO
DE RELATO BREVE
“ALONSO ZAMORA VICENTE”

Duda razonable

PRIMER PREMIO

Alicia Hernando Rosado
Alumna del Master en Patología Neurológica
Universidad Rey Juan Carlos

2 0 0 8

Cuando Benigno Salcillo -que de bueno no tenía nada- preguntó:

- ¿Quién va a querer besar a una bruja con la saliva envenenada?

Se refería a Mirta Urúscula. Delgada, altísima, pelirroja, de formas lánguidas, de piel transparente llena de pecas, con la sonrisa enigmática de los que no suelen reírse y los iris en una gama de colores que iban del verde agua al violeta. Así dijo Benigno Salcillo apoyado sobre la barra de madera del bar. Tan frío como la cuarta cerveza que se bebía, en una tarde no menos fría y con una niebla tan densa que convertía el paisaje en una milhoja gigante. Costra de tierra, costra de cielo y la niebla, que se podía morder como la nata, en medio. Sin sacar los codos de los huecos labrados en la madera miró, como quien otea el horizonte, la hilera de botellas de whisky cuyo color era lo más parecido a la puesta de sol en unos parajes donde esta estrella acostumbraba a desaparecer sin decir adiós. Varios hombres asintieron, cambiando levemente la postura como si fueran mimos en un escenario denso lleno de humo.

- Es una bruja peligrosa. -dijo Jerónimo de Lucerna, con la voz con más curvas y parches que la carretera comarcal hacia el siguiente pueblo del valle-. Lo que debería hacer es irse a otra parte porque aquí nos trae mala suerte.

- Sí, y nos echa mal de ojo, y desde que la vi estoy aquejada de meteorismo. -aseguró Adelaida Gómez, que venía como cada noche a recoger a su mermado esposo-. Es una bruja mala y no hay más que hablar, aunque la hiciesen la cirugía estética y un plan de modificación conductual -añadió-.

La escena de la taberna se repetía en la panadería, en la carnicería, en el súper, en la cafetería, en cada casa y rincón. Era como un eco persistente que resonaba en las montañas desgastadas de aquel valle y volvía degradado pero violento, entrando por las chimeneas y arrastrando la ceniza, que después tiznaba todo de una suciedad negra. Aquella forma de pensar era bastante común, pero había alguien a quien no convencían del todo los argumentos de aquellas gentes para adjudicar brujería y sobre todo para convertir a Mirta en una bruja solterona mucho más peligrosa.

Cierto era que los gatos negros erizaban sus lomos al verla pasar, que salía de madrugada vestida de negro hasta las orejas. Su aspecto se encontraba en un punto equidistante entre Nicole Kidman -sin retoques- y Morticia Adams en versión escocesa. Sin embargo, fue su misteriosa sonrisa, a lo Monalisa, su voz algo ronca, un lunar negroazulado en el ángulo mentoniano, el color violeta de sus iris, y el olor a especias que emanaba, lo que la convirtieron en la bruja de la comarca. Los vecinos la veían cogiendo ranas en las charcas, musgo y líquenes. El lunar le cambiaba de color según la estación y en las ventanas del sótano de su casa se podía ver de vez en cuando una luz roja muy sospechosa. Paseaba sola por la carretera general y jamás daba besos. Por lo demás, su comportamiento era correcto y normal. Al menos así pensaba Darío Ultimoadiós, que lejos de tenerle miedo a Mirta Urúscula, sentía la afinidad propia de un sepulturero de profesión con el que pocos querían estar, por si les contagiaba la muerte.

Conociendo su historial, y vista de perfil con aquel abrigo de paño negro hasta los pies, entre la niebla al amanecer, cualquiera hubiese pensado: bruja, bruja. Pero sin pruebas concluyentes, sin evidencia basada en la ciencia, era injusto no concederle el

beneficio de la duda; de la misma manera que él no era un muerto viviente –como muchos insinuaban- sino un vivo que un día se muere.

Fue así como, frente al tocón del olmo seco de la plaza del pueblo, dudó y tramó un plan para probar si Mirta Urúscula era o no una auténtica bruja. Lo primero y más importante era documentarse. La operación “Brújula” (señora montada en una escóbula) fue compleja y requirió un gran despliegue de medios y algún que otro soborno. La señora de la limpieza del ambulatorio, por un desayuno completo con churros, le permitió entrar de noche a leer el historial médico de la investigada. Fingió hacer un estudio sobre “Resistencia y durabilidad del mármol empleado en losas para tumbas” en la Universidad Antonio de Nebrija y así pudo fisgar qué libros cogía ella en la biblioteca popular. Conectó una microcámara a su ratón amaestrado y lo introdujo en el sótano de la vivienda de la supuesta bruja. Fue el primer ratón convertido en topo (sin ser necesaria la manipulación genética) en una investigación. Y por último, y la parte más difícil, la siguió. De día y de noche. Para ello contó con la ayuda de un amigo de la funeraria, que le prestó una gran variedad de trajes que quedaban abandonados y nadie quería (porque aunque limpios daban grima). Se disfrazó de oficinista, de obrero de la construcción, de cocinero, de barrendero, y de rico (porque los ricos también se mueren). Solicitó la partida de nacimiento de Mirta, y buscó a parientes cercanos y lejanos que le pudiesen ayudar. Después de tres meses de arduas búsquedas, organizó toda la información, revisó seriamente su validez, la criticó y llegó a la conclusión: juzgar sin comprender es como chupar caracoles, comer espárragos o besar a una vieja, es decir, que no chupas, ni comes ni besas. Con las ideas claras comenzó la segunda fase de la operación

“Brújula”.

Caminó hasta el bar y tras pedir un café con coñac –nunca bebía pero había que disimular- dijo:

- Creo haber visto a la bruja besando al jardinero detrás de un seto.

- Eso es imposible -respondió el tabernero-. Nadie en su sano juicio haría eso en este pueblo porque todo el mundo sabe que si besas a una bruja la sangre se te transforma en una especie de mermelada de frambuesa y pierdes el juicio y a los tres días te mueres.

- Pues juraría haberlos visto -aseguró Darío Ultimoadiós.

- Pues esperemos y si el jardinero no se muere, es que no le besó.

- ¿Y si le besó y no se muere, tal vez no sea una bruja?.

A esto último replicó el tabernero:

- Es de todos sabido que tiene poderes y que nunca besa a hombres ni a mujeres. Se me ocurre que hagamos una apuesta. Si Mirta te besa en público y la sangre no se te vuelve mermelada de frambuesa y a los tres días no te mueres, le concederemos el beneficio de la duda. Pero si enfermas y te marchas con los tuyos, o sea, los difuntos, obviamente habrás perdido la apuesta y bruja se queda... pero no aquí, la mandamos en patera a cualquier otra parte del mapa terrestre.

El tabernero sabía que era fácil ganar aquella apuesta no sólo porque Mirta fuera una bruja y además una estrecha (según una encuesta realizada en la gaceta masculina), sino porque Darío Ultimoadiós ocupaba el primer lugar en la encuesta “Los hombres menos apetecibles de besar” desarrollada por una

prestigiosa marca de cacao labial de la comarca.

- De acuerdo -dijo Darío-, pero con una condición: si gano y demuestro que además sus poderes son buenos, el beneficio de la duda se acompañará del reconocimiento expreso por parte del ayuntamiento de que Mirta Urúscula no sólo no es bruja, sino que es una hada encantada, y como tal será tratada.

El cura enfrascado en una partida de mus fue solicitado como testigo del acuerdo y se estrecharon las manos, como quien acaba de hacer un negocio con ganado. Fijaron un plazo: tres días; tiempo suficiente para que Darío montara la última fase de la operación “Brújula”. Fue la más delicada y requirió de una estrategia muy sofisticada.

Reunió el material que necesitaba y a las 6:30 a.m. del lunes procedió con la ejecución. El taburete del baño golpeó bruscamente las losetas verdes. El estruendo despertó a la vecina, que a esas horas ya estaba desprotegida del efecto de las tres pastillas de valeriana que se tomaba. A continuación Darío emitió un gemido seco pero audible aproximadamente a doscientos metros (estuvo ensayando en un descampado y todos creyeron que era la berrea de los ciervos que por el cambio climático andaban alterados). Cuando doña Prudencia (que era todo menos prudente) entró dado que la puerta estaba -mira tú por dónde- entornada, se encontró un espectáculo dantesco entre el vaho. El agua caliente salía a borbotones mientras que el cuerpo de Darío Últimoadiós permanecía envuelto en espuma y con la esponja bajo una axila. El cortacallos hincado en el quinto espacio intercostal, muy próximo al ápex coronario y un reguero de sangre tibia corría hacia el desagüe. Tras unos segundos de bloqueo y tras cerrar el agua (era muy consciente de lo escasa que estaba), doña Prudencia chilló, un chillido de los que quitan el hipo:

- ¡Socorro!, ¡auxilio!. Este desgraciado ha querido pasar al otro lado.

En bata de guata (un clásico entre la población de mediana /tercera edad) echó a correr calle abajo hasta darse de bruces con Mirta Urúscula que salió de entre la niebla. - ¿Qué pasa? – preguntó-.

- Darío Ultimoadiós está muerto en su baño.

- Pues vamos, vamos.

Ambas corrieron calle arriba y tras ellas el panadero (que estaba despierto). Tras examinar rápidamente la situación acomodó el cuerpo en la bañera cubriendo sus genitales con una toalla de felpa. Introdujo el dedo en su boca (sólo había una juanola para el mal aliento), extendió ligeramente el cuello y tapándole la nariz le hizo el boca a boca. Después masaje cardíaco sin extraer el cortacallos para evitar hemorragias. La voz de emergencia corrió por el pueblo y el baño estaba tan lleno que tuvo que pedir que se retiraran para proseguir con las maniobras de reanimación. Tras diez minutos Darío Ultimoadiós se sacudió levemente y comenzó a respirar. Su corazón sonaba: a la bin, a la ban, a la binbonban. El médico llegó y con sumo cuidado y tras comprobar que el cuello y el resto de la columna estaban intactos, sacaron al sepulturero de la bañera envuelto en una toalla de felpa mayor que la que cubría su región púbica. Por poco se va al hoyo -se oyó de fondo-. Mirta Urúscula estaba extenuada porque devolver a alguien a la vida cansa. Se levantó de la posición arrodillada atusándose el encrespado pelo (por la humedad del baño) y sus ojos estaban más violetas que nunca. Los espectadores estaban boquiabiertos. Le abrieron paso y arrastrando el abrigo negro hasta los pies volvió a desaparecer entre la niebla.

Dos días después Darío salió de la UCI; no hubo daño neurológico ni ninguna otra secuela salvo una marca que el cortacallos dejó justo debajo de su ápex coronario. Parecía una “M” aplanada. Tardó en salir del hospital una semana.

Rumores de todo tipo habían circulado por el pueblo. Que si estaba muy solo y mal alimentado, que si tanto entierro no era bueno, que no fumaba ni bebía y que los vicios son buenos de vez en cuando. La bruja lo salvó. Hasta las brujas, si se lo proponen, pueden hacer algo bueno. Pero el único que sabía con fundamento lo sucedido era Darío. Cuando estaba algo más restablecido volvió al bar y en presencia del señor cura, muy serio, dijo:

- Vengo a cobrar mi apuesta; Mirta Urúscula me besó al hacerme el boca a boca y no sólo no he muerto, sino que he resucitado. Lo vieron todos los que estaban a mi lado. A partir de hoy ya no es una bruja, sino un hada encantada y como tal se la tratará allá por donde vaya.

Ante la evidencia no hubo más que hablar y el tabernero, con el ceño fruncido, tuvo que tragar. A la gente no le gustó la idea de cambiar una bruja mala (con lo que daba que hablar) por un hada buena (menos escabrosa). Pero una apuesta era una apuesta, y todavía la palabra tenía valor en aquellas tierras.

La operación “Brújula” fue un éxito. La clave estuvo en su diseño. Darío descubrió muchas cosas en su búsqueda. De madre escocesa y padre judío, Myrna Tatiana Urúscula recibió su primer nombre de la famosa Myrna Loy a la que su madre adoraba, el segundo se lo pusieron porque sus progenitores pensaban que la gente socialmente más aventajada solía tener dos nombres (Julio José, Francisco Enmanuel...). A ella le resultaba muy ampuloso para su recio carácter así que uso su con-

tracto: Mirta. Padecía vitíligo, por eso la transparencia de su piel salpicada de pecas, y su cuerpo era idéntico al de su bisabuela que pastoreaba ovejas en las tierras altas escocesas. Pluriempleada: limpiaba portales casi de madrugada y era gericultora en una residencia (sin titulación oficial) para pagarse los estudios de auxiliar de clínica y primeros auxilios por la Cruz Roja. Salía de madrugada y volvía de noche muy cansada, de ahí las ojeras. Sacaba de la biblioteca libros de ciencias y gemas. Las ranas de las charcas la temían, pero tenía que diseccionarlas para la asignatura de Biología. Adoraba el negro, porque era un color que neutralizaba su pelo naranja y porque no reflejaba nada. Era un color tan minimalista como ella. Como en toda operación de riesgo, hubo una baja; el topo (ratón amaestrado) fue descubierto en el sótano por el gato de Mirta Urúscula y pasó a mejor vida. Hoy estará en el cielo de los espías condecorados con honores. El registro de la película fue muy esclarecedor ya que desveló que la luz roja del sótano era de un estudio de revelado fotográfico. No obstante, al finalizar la operación le quedaba una duda importante: ¿Por qué no quería besar a nadie?.

Una mañana se fue temprano a la estación, y entre la niebla amarillenta, debajo de una farola, esperó a que llegara la bruja convertida en hada. Sin sobresalto ni perturbación le dijo:

- Tramé un plan para probar que no eras una bruja y que podías devolverme a la vida. La parte más dura fue entrenarme con un fakir para detener mi corazón, pero ahora tengo una duda: ¿qué tienen los besos que te causan tanto horror?.

El hada se atusó el pelo pelirrojo y se dejó resbalar en el banco para estar a la misma altura que Darío. Al hablar exhaló vaho dorado:

- No debo besar porque tengo un contagioso herpes labial.

A lo que respondió el sepulturero:

- Pero en algún momento echarás en falta los besos.

- He tenido poco tiempo -dijo Mirta.

El tren llegó y salió corriendo.

Las campanas dieron las nueve cuando Darío Ultimoadiós cruzó la plaza cubierta de hielo y se plantó frente a la puerta de la bruja convertida en hada que apareció envuelta en un alboroz negro:

- ¿Qué querías?.

Darío muy insinuante respondió:

- Conoces los parches labiales?. Sacó una cajita y dulcemente pegó una diminuta pegatina sobre el herpes labial crónico y a continuación añadió:

- Ahora si quieres comprobamos si surte efecto, y con la misma sutileza que colocaba las flores en los nichos, la besó. Ella algo desconcertada balbuceó:

- Pasa, pasa -y por primera vez sus iris se volvieron naranjas.

Aquella noche Darío comprobó que el lunar negroazulado del ángulo mentoniano de Mirta Urúscula no era el único; contó hasta trece, dispersos en una anatomía más hermosa que las tierras altas de Escocia.

IV CERTAMEN LITERARIO
DE RELATO BREVE
“ALONSO ZAMORA VICENTE”

Bienvenido al mundo

PREMIO *EX AEQUO* AL MEJOR TEXTO ESCRITO EN CASTELLANO POR
UN HABLANTE NO NATIVO
(MODALIDAD MICRORRELATO)

Marina Mendive Leyva

Alumna de 1º de Periodismo

Universidad Complutense de Madrid

Bienvenido al mundo

“No estoy preparada” dijo con voz temblorosa.

Miró a su alrededor, pero todo se encontraba en penumbras. Estiró los brazos y sintió la suavidad de unas paredes invisibles a su vista. En la distancia podía ver un punto de luz. Parecía ser la llama de una vela que bailaba sin parar, casi como si la estuviera intentando hipnotizar.

“Ve hacia la luz” una voz le ordenó.

No logró discernir si la voz era femenina o masculina.

“No. No puedes obligarme” dijo.

“No hay otra opción” le contestó la voz.

Empezó a llorar, pues sabía a dónde la voz la quería llevar.

“No quiero ir al infierno” susurró.

“Es tu castigo”.

La luz de la vela en la distancia empezó a temblar a la vez que el suelo bajo sus pies empezó a moverse. Cayó al suelo de un golpe. Sus pulmones empezaron a quedarse sin aire, sus manos intentaban agarrar las suaves paredes, pero era inútil.

“Buena suerte.”

“¡El infierno no!” gritó, pero su voz se desvaneció y se convirtió en el llanto angustiado de un recién nacido.

“Bienvenido al Mundo.”

IV CERTAMEN LITERARIO
DE RELATO BREVE
“ALONSO ZAMORA VICENTE”

Próxima estación Valdecarros

PREMIO *EX AEQUO* AL MEJOR TEXTO ESCRITO EN CASTELLANO POR
UN HABLANTE NO NATIVO
(MODALIDAD MICRORRELATO)

Hanna Zander

Alumna del Programa de Lengua y Cultura Españolas
del Centro de Estudios Hispánicos
Universidad Antonio de Nebrija

Próxima estación: Valdecarros

Cuando pelo naranjas, siempre pienso en la piel de los viejos.

Su piel no se parecía nada a la de una naranja, aunque fuese mayor. Tenía el pelo entre gris y blanco. Manos que habían rozado muchas aventuras.

Olía a infancia. Cerrado. Casa de los abuelos. Con los macarrones hirviendo en la cocina, mientras mis dedos investigaban las teclas del piano cuidadosamente. Cada tono me hacía cosquillas, haciéndome flotar. Como si fuese yo el sonido del piano aún más viejo que mis abuelos.

Así olía.

No me miraba. Lo único que veía era su libro. Envuelto en papel marrón. Aquel papel marrón tan místico. No, no me importaba lo que leía. Me importaba el olor. Quédate, por favor, no te vayas. Estoy tan bien aquí con el piano y la comida casi hecha... macarrones, cuanto tiempo sin comer macarrones.

Claro que se levanta. Siempre lo hace. Yo me quedo la última. Siempre.

El sonido de las puertas mecánicas que se abren. Ruido que me pellizca tenazmente en los lóbulos de las orejas. Se va. No entra nadie. Próxima estación, estación final.

Saco la naranja del bolso y empiezo a mondarla. Piel de viejo. Sí, tengo hambre.